
NOS VEMOS EN DOS AÑOS

EL EMBRUJO DE LA
RYDER CUP

Antonio Sándeto

Nota: el siguiente fragmento no está maquetado con el formato que tendrá el libro; se trata simplemente de un documento de Word transformado en PDF, para poder ofrecer una muestra del mismo.

Lo sucedido en Kiawah Island había dejado muy enfadados a los europeos, y los norteamericanos lo sabían. El descontento no tenía nada que ver con el marcador registrado en el torneo, sino con el tratamiento recibido en Estados Unidos. En ese sentido, el nuevo capitán del combinado de las barras y estrellas iba a necesitar llevar a cabo una profunda labor diplomática. Recomponer las relaciones deterioradas constituía una clara prioridad, y este factor resultó decisivo para que el elegido fuese Tom Watson.

El de Kansas City (Missouri) siempre había sido un fiero competidor dentro del campo, pero también un firme defensor del respeto a las tradiciones del golf y de la importancia de exhibir una deportividad exquisita. Además, había ganado cinco veces el Open Británico y se había convertido en un ídolo en las Islas, circunstancia que le favorecía a la hora de suavizar las tensiones existentes.

Watson había vivido el triunfo de EEUU en 1991 con una mezcla de alegría y preocupación. Por un lado, le encantó ver cómo sus compatriotas acababan con el dominio que había ejercido Europa desde 1985, pero por otro, observó actitudes y comportamientos que le parecieron incorrectos. El espíritu de amistad y camaradería que siempre había presidido la Ryder Cup no se podía perder, y prometió esforzarse para que las aguas volvieran a su cauce (“Esto no es una guerra, es golf”¹). Incluso mantuvo largas conversaciones al respecto con Nick Faldo, Severiano Ballesteros y Bernard Gallacher. A quien no le terminó de agradar el cambio de rumbo fue a su predecesor: Dave Stockton no entendía qué había salido mal en Kiawah Island...

Más allá de esta intención conciliadora, Tom prefería asumir el puesto de capitán fuera de casa, porque le motivaban los retos difíciles y tomar las riendas para un compromiso a domicilio suponía un desafío mucho más grande que jugar como local.

Watson contó con un equipo fuerte, que incluía, entre otros, a los ganadores del Masters de Augusta (Fred Couples) y del US Open (Tom Kite) de 1992 y a los triunfadores del US Open (Lee Janzen) y del Campeonato de la PGA (Paul Azinger) de 1993.

Sin embargo, la presencia de cuatro rookies (aparte de Janzen, John Cook, Davis Love III y Jim Gallagher Jr.) le hacía albergar ciertas dudas sobre cómo iban a responder sus hombres bajo presión. En la edición de 1989, varios norteamericanos se habían derrumbado en el hoyo 18 de The Belfry, campo que había sido escogido

nuevamente como sede, y se trataba de un colapso que no se podía repetir. Por ello, y pese a las voces que solicitaban la inclusión en el combinado de John Daly, Tom dio sus invitaciones a los experimentados Raymond Floyd y Lanny Wadkins.

Ray, quien ya había entrado en la escuadra de la misma manera en 1991, se convirtió, con 51 años y 20 días, en el jugador de mayor edad que ha participado en una Ryder Cup. El capitán manifestó que se había decantado por dos hombres con "corazón y agallas"², y un suceso ocurrido en 1992 confirmó que Floyd iba sobrado de ambas cosas.

El 19 de febrero, la mansión en la que Ray residía con su familia en Miami ardió hasta los cimientos. Él no se encontraba presente en el momento del incendio porque al día siguiente comenzaba su participación en el Buick Invitational, pero su mujer y sus hijos sí. Aunque no sufrieron ningún daño físico, a nivel emocional la pérdida resultó irreparable; no era una simple casa, era su hogar, y los recuerdos de casi dos décadas se quemaron: las fotografías, los dibujos y manualidades escolares, los regalos, los trofeos... Todo.

Cada temporada, con motivo de la disputa en marzo del Doral-Ryder Open en Florida, los Floyd organizaban una gran fiesta en su mansión; no una en la que romper un plato de una vajilla de porcelana suponía una tragedia, sino una en la que no pasaba nada si se derramaba vino en la alfombra. Se trataba de una celebración de la amistad sin protocolos ni etiqueta. En 1992 hubo que suspender la fiesta; menos de un mes después del incendio de su casa, un destrozado Raymond ganó el torneo.

Con lo que Watson sin duda no contaba era con tener que realizar una tarea diplomática dentro de sus propias filas. A Bill Clinton, presidente de Estados Unidos en ese momento y miembro del Partido Demócrata, le encantaba el golf, y siempre que podía hacía un hueco en su apretadísima agenda para jugar unos hoyos. Clinton decidió invitar a la Casa Blanca al equipo norteamericano para desearle suerte antes de que pusiera rumbo a tierras británicas.

El problema surgió porque ni un solo miembro de aquel combinado había votado a Bill en 1992. Para empezar, los integrantes de la escuadra estaban en total desacuerdo con el plan de Clinton de subir los impuestos a los ricos, colectivo que incluía a los golfistas.

Además, el político de Arkansas se había trasladado a estudiar a Inglaterra en el pasado y había esquivado el servicio militar obligatorio. Para Paul Azinger, cuyo padre había combatido en Vietnam, este comportamiento era imperdonable: no tenía intención alguna de "estrechar la mano a un desertor"³.

Zinger habría preferido que el comentario, hecho durante una conversación privada con su amigo Payne Stewart y que éste desveló a un periodista, no hubiera

salido publicado, pero sus palabras iban en serio: canceló su suscripción a un diario local en cuanto se enteró de que pedía el voto para Clinton.

Otros jugadores de la escuadra reconocieron sin tapujos una conexión de largo recorrido con el Partido Republicano: "Donde yo crecí, era mejor decir que eras basurero que admitir que votabas a los Demócratas"⁴, declaró Lee Janzen.

En definitiva, el equipo prefería no reunirse con Bill y le tocó arreglar el desaguado al capitán, porque rechazar la invitación iba a dañar enormemente la imagen del golf en un país muy patriótico, donde gestos de este tipo ni se olvidan ni se perdonan. "Da igual quién sea el presidente. Si te llaman de la Casa Blanca, vas y muestras respeto"⁵, alegó Watson. Al final, su criterio se impuso y, a regañadientes, los jugadores acudieron a la cita y se comportaron con educación. Crisis superada.

En el bando europeo, Bernard Gallacher había terminado decepcionado con su primera experiencia al mando de la nave (no por la derrota en sí, sino por el ambiente hostil que se había encontrado en Estados Unidos), y no quería repetir. Sin embargo, ante la insistencia de los golfistas y de los dirigentes de la PGA Británica aceptó darse una segunda oportunidad.

Después del fiasco de 1991, cuando el escocés había tenido que dar dos de sus tres invitaciones a Nick Faldo y José María Olazábal, se decidió empezar la fase de clasificación un trimestre antes de lo habitual, para que las estrellas contaran con más oportunidades de sacar su billete. De cualquier modo, la medida no provocó el impacto deseado debido a la floja temporada tanto de Olazábal como de Severiano Ballesteros, que no consiguieron apuntarse ningún torneo.

Por supuesto, el capitán escogió a los dos españoles pese al claro bajón que se había registrado en el rendimiento de Seve, y completó el bloque con el rookie Joakim Haeggman, elegido por encima de Ronan Rafferty. Fue el primer sueco que participó en una Ryder Cup.

Además de Haeggman, había otros tres debutantes en el equipo local: Barry Lane, Costantino Rocca y Peter Baker, quien vivía muy cerca de The Belfry. Bernhard Langer, ganador de su segundo Masters de Augusta en 1993, afrontó el evento con muchas dudas a causa de molestias en el cuello (estuvo a punto de ser sustituido por Rafferty), mientras que Sam Torrance sufría problemas en una uña del pie.

En cuanto a Nick Faldo, número uno mundial y que se había adjudicado el Open Británico de 1992 (su quinto mayor), no pensaba permitir que Gallacher le emparejara de nuevo con alguien que le hiciera sentir incómodo, tal y como había ocurrido con Ian Woosnam y David Gilford en 1991. Alrededor de mes y medio antes del campeonato, Colin Montgomerie recibió en su casa un paquete postal. Lo enviaba Faldo y contenía una caja con bolas de la marca y modelo que por entonces

usaba Nick, y que eran distintas de las que utilizaba el escocés. El mensaje resultaba evidente: Faldo había seleccionado a *Monty* como su compañero para, al menos, los foursomes. Nick había determinado que el dúo iba a competir, cómo no, con la pelota a la que él estaba acostumbrado, así que Colin debía ponerse las pilas rápido y entrenar con ella para no desentonar.

Merece la pena comentar en este punto que la relación entre Montgomerie y Faldo en la Ryder Cup, que tuvo un largo recorrido, había comenzado en Kiawah Island de una manera bastante pintoresca. En aquel momento, Nick era la imagen principal de la marca de zapatos Stylo; juntos habían creado una nueva gama de calzado de golf, y el inglés percibía 100.000 libras esterlinas anuales por sus servicios.

Monty, un rookie en 1991, usaba esa marca también y, antes de afrontar la primera jornada de prácticas, se puso en el vestuario el par de zapatos que le habían reservado. Al menos eso pensaba él, claro. Notó que le apretaban un poco, pero lo achacó a una reacción de sus pies al viaje en avión. Se trataba de un efecto pasajero y no había nada de qué preocuparse.

Al rato, Colin se encontraba en la cancha de prácticas cuando vio a Faldo, una leyenda que iba a participar en su octava Ryder Cup, acercándose a zancadas hacia él. "*Monty*, ¿qué talla de calzado utilizas?"⁶, le preguntó Nick con cara de pocos amigos. El escocés se quedó mudo, reparando al instante en que se había puesto los Stylo Matchmakers de Faldo. Le había *robado* al inglés los zapatos que el propio Nick publicitaba y que había ayudado a diseñar. Eran, literalmente, SUS zapatos. Afligido por la vergüenza que sentía, Colin pidió perdón a Nick y se los quitó a la velocidad del rayo; Faldo los cogió y, sin decir ni una palabra, se marchó.

Volviendo a 1993, a Montgomerie no le causó molestia alguna adaptarse a los deseos del inglés, pero el comportamiento de Faldo mostró a la perfección, una vez más, por qué se dudaba de su espíritu de equipo. Durante la década dorada de su carrera (1987-1996), Nick solo quiso jugar en la Ryder Cup junto a otros de los mejores europeos (Colin ya lo era en aquel momento), y cuando no se lo concedieron en Kiawah Island, pasó lo que pasó. ¿Ayudar a un rookie? No, gracias.

Eso sí, Faldo siempre buscaba un golfista de calidad que no le pudiese hacer sombra, porque no quería que se cuestionara su condición de líder de la pareja (un día incluso mandó a Montgomerie a comprar jerseys porque el que le habían dado no le valía, y Colin lo aceptó); la química con Ian Woosnam había desaparecido en cuanto el galés había alcanzado la cima en el Masters de Augusta de 1991, y ahora le tocaba el turno a *Monty*, sin majors en el palmarés y que, por desgracia para él, nunca logró derribar ese muro.

Nick, un individualista nato, halló con frecuencia problemas para dejar de lado su filosofía habitual e integrarse en un colectivo. Probablemente quien resumió con mayor precisión la contribución de Faldo a la escuadra europea fue Gallacher, al

que preguntaron en una ocasión qué influencia ejercía la estrella inglesa dentro del vestuario. A Bernard no le tembló la voz: “Faldo aporta puntos. Y nada más”⁷.

Pese a sus innegables esfuerzos por dejar atrás las polémicas de 1991, Tom Watson provocó involuntariamente una nueva controversia en la cena de gala previa al inicio de la competición. En las anteriores ediciones, se había convertido en una tradición que cada jugador y capitán terminara la noche con su menú firmado por todos los demás miembros de los equipos, y lo conservara como un bonito recuerdo tras la disputa del torneo.

Con esta idea en la mente, Sam Torrance se plantó en la mesa de Watson en busca de su autógrafo. Tom, pensando en sus golfistas, se negó a firmar el menú del escocés; argumentó que, si lo hacía, pronto se formaría una larguísima cola con los 800 invitados a la cena para obtener idéntica recompensa (el ticket de acceso costaba 150 libras esterlinas por persona). Sus hombres no iban a poder disfrutar ni de la comida ni de la conversación, así que lo mejor era no sacar el bolígrafo a pasear.

Torrance se sintió humillado y volvió a su mesa con el orgullo herido. En condiciones normales, el incidente habría quedado en nada, pero los ánimos en Europa estaban caldeados después de lo ocurrido en Kiawah Island y la reacción de Watson se sobredimensionó. Los tabloides británicos echaron más gasolina al fuego y las disculpas de Watson, quien solo pretendía que las firmas se realizasen en un momento más adecuado, importaron poco; la tensión no desapareció.

Por si hacía falta más picante, Paul Azinger declaró que el campo, en el que se había reducido la longitud del rough, había sido preparado para favorecer a Seve Ballesteros: “Lo han puesto así para que pueda jugar”⁸.

¹ *The Ryder Cup: the definitive history of playing golf for pride and country* – Colin M. Jarman – Página 585

² <http://www.nytimes.com/1993/09/27/sports/golf-floyd-and-wadkins-live-up-to-watson-s-faith-in-them.html> – Autor del artículo: Christopher Clarey

³ http://articles.chicagotribune.com/1993-08-26/features/9308260020_1_white-house-golfers-ryder-cup – Autor del artículo: James Warren

⁴ *A good walk spoiled: days and nights on the PGA Tour* – John Feinstein

⁵ <http://www.golfchannel.com/article/john-feinstein/just-1993-watson-will-lead-14-squad-victory> – Autor del artículo: John Feinstein

⁶ *The war by the shore: the incomparable drama of the 1991 Ryder Cup* – Curt Sampson – Página 87

⁷ <https://www.theguardian.com/sport/2007/jul/01/golf.features2> – Autor del artículo: Nick Greenslade

⁸ *The Ryder Cup: the definitive history of playing golf for pride and country* – Colin M. Jarman – Página 588